

acaso, hasta cuarenta millones de hombres que no han renegado de la casta á que pertenecen por adopción ó natural origen y que hablan la lengua castellana. No hemos de temer que alguien se los trague por voraz y fuerte que sea. Ni hemos de temer tampoco que la madre que les dió el ser muera de consunción ó hecha pedazos. Cállense, pues, los curanderos que la suponen moribunda y que pretenden sanarla.

Yo, entretanto, como ignoro la Teología, que sirve, según Donoso, para gobernar los Estados, y como ignoro también la partida doble y la aritmética mercantil de los que se empeñan hoy en regenerarnos, pienso á mis solas que lo mejor es callarse y no alborotar para que la patria se restablezca y recobre sus bríos con sólo vivir tranquila, sin incesantes trastornos y disparatadas mudanzas.



### LA NOVELA EN ESPAÑA (1)

El elegante y discreto discurso que acabamos de oír basta á probar el buen tino con que fué elegido D. Jacinto Octavio Picón para tomar asiento en esta Real Academia.

El nuevo académico, al escribir dicho discurso, se ha apartado de la general costumbre, aunque no creo que le falten precedentes para ello, no disertando sobre determinada tesis, ni tratando de dilucidar teorías ó casos de nuestra antigua historia literaria, sino limitándose á escribir el elogio del personaje ilustre, cuyo asiento viene á ocupar, llamado por nuestros votos.

Sin duda es lícito limitarse en estos discursos de recepción á hacer el elogio del sujeto á quien se reemplaza, pero á más de ser lícito es, en mi sentir, conveniente y muy oportuno.

Ya por abatimiento de los ánimos, ya por estar

---

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Jacinto Octavio Picón en la Real Academia Española, el día 24 de Junio de 1900.

el público hartó preocupado y distraído con dificultades y contiendas del momento, lo cierto es que en pocas épocas y en pocos países, como en la España de hoy, el desdén ó el olvido sigue tan de cerca á la muerte.

Nunca, ni durante la vida, ni en los períodos de su actividad más fecunda, el sabio y paciente investigador ó el crítico erudito y profundo puede jactarse de gran popularidad entre nosotros. Rara vez su fama, aunque la envidia no ahogue su voz con murmullos, se extiende más allá del estrecho círculo de sujetos de la misma profesión y de algunos devotos aficionados. La muerte no hace olvidar entonces, porque lo que no se aprende no se olvida.

No ocurre lo mismo con los que escriben obras de índole más popular, ya que al menos mientras las escriben y logran ponerse de moda, excitan la curiosidad y el interés de alguna parte del gran público, y puede decirse que son famosos hasta donde en España puede aspirar alguien y lograr la celebridad por la literatura.

Esta celebridad, no obstante, suele ser hartó efímera. Ocasiones hay en que muere mucho antes de la muerte de quien la ha adquirido. Tal vez si su ancianidad ó sus dolencias no consienten que continúe escribiendo, la gente le sepulta en el más hondo olvido antes de que él muera y le entierren.

Muerto ya, pocos vuelven á acordarse de su fama, de su mérito y de sus obras. Fácil me sería citar nombres en apoyo de mi aserto. Para demostración de su triste verdad sobra con el reconocimiento de lo poco ó nada que se leen ó se compran las obras literarias de los que recientemente murieron, y que todos hemos visto en vida aplaudidos y ensalzados como admirables poetas, ingeniosos novelistas ó críticos é historiadores sabios. De muchos no llegan á coleccionarse por completo, ni siquiera por selección, los trabajos que dieron á la prensa y que permanecen esparcidos y hundidos en el enorme cúmulo de revistas y de periódicos diarios. Y si por acaso la mano piadosa de algún amigo reúne y da á la estampa los escritos del que ya murió, bien puede afirmarse que él, ó quien quiera que costee la edición, hace un mal negocio, porque la edición no se vende. No digo yo que carezca de excepción esta regla lastimosa, pero la excepción es muy rara. En suma, la honra y el provecho que por las letras pudieran y debieran adquirirse, suelen ser mezquinos y para muy pocos escritores en vida. Cuando ésta acaba, no ya cuanto pensaron y dijeron, sino hasta sus nombres suelen borrarse de la memoria de la generalidad del público, olvidadizo, desdeñoso ó distraído por cuidados de material interés ó por hartó menos espirituales placeres.

No quiero yo lamentarme, ni me lamento, de la indiferencia ó de la corta estimación con que las letras son miradas, así en España como en los demás países donde se sigue hablando la lengua de Castilla. Me limito á consignar un hecho. Si llegan á cincuenta ó sesenta millones de seres humanos los que tienen nuestro idioma por idioma nativo, harto poco lisonjero es, ó para el público ó para los autores, que apenas haya libro de cuantos se han escrito en español, desde principios de este siglo hasta hoy en que casi termina, del que pueda asegurarse que se han vendido más de veinte ó de treinta mil ejemplares. Algunos casos podrán citarse de mayores éxitos de librería, pero en cambio pueden citarse miles de éxitos harto inferiores, y no ya de obras de escritores oscuros, sino de aquellos que han obtenido y merecido entre nosotros la más alta estimación y los más entusiastas aplausos.

• A diversas causas puede atribuirse entre nosotros el desmedrado fruto que el cultivo de las letras produce. La afición á leer está poco difundida. El comercio de libros se hace tan mal, que apenas hay libro español que no cueste en América tres ó cuatro veces más que cuesta en España, aunque pudiera y debiera venderse casi al mismo precio. Dentro de España, y hasta en ciudades de provincia de más de treinta mil almas, suele no haber

una librería, y cuando alguien tiene el antojo de adquirir un libro, aun de los más conocidos y populares, necesita escribir á Madrid para que se le envíen.

Considerada la literatura como objeto de industria y comercio, es, pues, entre nosotros harto menos importante de lo que debiera, por lo cual también medran poco otros oficios y menesteres, como los del fabricante de papel, del impresor y del librero, que en parte ó en todo de la literatura dependen. Pequeño mal es éste, no obstante, si se compara con otros muy grandes que provienen de la corta estimación que damos á nuestros libros: el menosprecio del propio pensamiento nacional, la admiración exagerada y sin crítica del pensamiento extranjero, y el afán de remedar sus obras, tomándolas por guía y adaptándolas, casi siempre con violencia, á nuestro peculiar carácter. Toda corriente literaria que venga de Francia penetra aquí con mayor ímpetu que en otros países, sin que la atajen y sirvan de dique los Pirineos. Así han venido sucesivamente el neoclasicismo, el romanticismo, el naturalismo, el modernismo, el decadentismo, el simbolismo y otros amaneramientos literarios, como el de estos que llaman ahora los *estetas*, que no acierto yo á explicarme en qué consisten, á no ser con vagas y algo confusas nociones.

Lejos de mí la idea de que nos aislemos ó inco-

muniquemos; de que para evitar el íntimo trato intelectual pongamos aduanas ó levantemos muros por el estilo de los de la China. Las corrientes del pensamiento humano riegan y fecundan la tierra. En vez de represarlas, conviene abrirles ancho cauce, pero siempre es muy de lamentar que los manantiales de dichas corrientes broten fuera de España, y que tal vez lleguen entre nosotros ya tarde y turbios y menguados. En literatura, como en todo, hay modas de París que cuando en otros países se adoptan, es cuando en París empiezan á perder crédito entre la gente más refinada, y dan lugar á modas nuevas.

Prolijo sería mentar aquí no pocos otros inconvenientes que el desdén del pensamiento propio y de las letras patrias suele traer consigo. Citaré, con todo, como más conducente á mi propósito, el afán con que muchas personas que por su educación y por sus prendas naturales aspiran con algún fundamento á la notoriedad, á la fama y hasta á la gloria, al notar que como literatos, como eruditos, como filósofos ó como sabios, es difícil y casi imposible vencer la desdeñosa indiferencia del público, toman el camino de la política como el más llano y corto para lograr su deseo. Figurémonos un templo ó alcázar donde la fama reparte laureles, donde acaso la fortuna da á sus favoritos consideración, poder y otros bienes espléndidos. Varios

caminos hay que convergen y concurren todos en el referido centro, pero como la mayor parte de estos caminos están mal cuidados, llenos de tropiezos y de estorbos con que la glacial indiferencia del público suele atajar al que va peregrinando por ellos, resulta entre nosotros un mal muy grave en mi sentir: que todo el que vale y sirve para algo se vaya por el camino de la política y deje los demás caminos abandonados y desiertos. Infiero yo de aquí una afirmación enteramente contraria á otra que prevalece en el día y que verdaderamente me pasma. No provienen nuestras desventuras de que valgan poco nuestros políticos, sino de que se dediquen á ser políticos todos los que valen algo. Así, yendo todos por el mismo camino, hacen dificultoso el tránsito por él, y si por dicha llegan á su término, realizan muy poco que sea de general utilidad, preocupados, inquietos, con la zozobra y el empeño de defenderse contra la gran multitud que viene detrás y que anhela atropellarlos y derribarlos para pasar sobre ellos, adelantarse y llegar á la meta.

El remedio de este mal no está, por consiguiente, en que los filósofos, los mercaderes y los industriales, tomen por el camino de la política para enmendar las faltas de los muchos que van por él. Lo mejor y lo más juicioso sería, no la nueva irrupción de gente por dicho camino, sino que le aban-

donasen y que siguiesen otros caminos, por lo menos las cuatro quintas partes de los que van ahora por el de la política. Las ciencias, las artes, la literatura, la industria y el comercio nada pueden ganar con que acaben de abandonarlos los sujetos que valen, y con el pretexto de que los políticos son torpes, se conviertan\* también en políticos. En cambio, si el número de los políticos de profesión se redujese siquiera á la quinta parte de los que hay ahora, por poco que valiesen los expulsados ó los voluntariamente retraídos de aspirar al gobierno ó de poseerle, los otros oficios y menesteres ganarían bastante. ¿Quién puede calcular cuánto produciría el gasto de talento, de vigiliias y de afanes, empleado en componer discursos parlamentarios, en hallar fórmulas y en redactar programas, manifiestos, planes y proposiciones de ley, de reglamentos y de decretos, si todo se emplease en ingeniosas invenciones industriales y en desarrollar nuestro comercio y en obtener la prosperidad de nuestra agricultura? Y por el contrario, ¿qué mayor infortunio para nosotros, suponiendo y aun dando por seguro que todavía hay mercaderes, industriales y hasta sabios que han permanecido puros é incontaminados de todo toque ó roce con la política y muy discretamente ocupados en sus negocios, si los abandonan ó descuidan y se lanzan á ser políticos también? El comercio, la industria

y la agricultura, todo padecería con este abandono, y el camino de la política se llenaría de confusión, de tumulto y de alboroto, y el país obtendría menos que nunca de los que por él fuesen en constante lucha con numerosos rivales.

No debe extrañarse que se me ocurran las anteriores consideraciones al oír el justo elogio que de D. Emilio Castelar hace el nuevo académico. Sin duda contribuyó á la extraordinaria fama que Castelar obtuvo, el que su elocuencia, su imaginación, su entusiasmo y su entendimiento clarísimo, á la política se consagrasen. Si en otras circunstancias, en otro medio ambiente ó en época distinta Castelar hubiera aparecido, ¿quién sabe los triunfos que hubiera alcanzado, tal vez como apologista de la civilización y de los dogmas cristianos, tal vez inventando con larga meditación y reposo, un nuevo sistema metafísico con aplicaciones á la filosofía de la historia ó á la del arte, y tal vez escribiendo lindas novelas ó amenísimos poemas, cuando no en verso en prosa florida? Pero Castelar apareció en un país agitado por constantes disturbios, dividido en opuestos bandos y presa de tumultos y guerras civiles y tuvo que lanzarse en la arena política para hacerse oír y notar en medio de la confusión y para que su voz resonase sobrepujando el estruendo que nos traía aturridos. De esta suerte, no sólo adquirió rápidamente envidiable

notoriedad, sino también aplausos, influjo, poder y gloria. Debe con todo tenerse en cuenta que si estos triunfos se pueden aminorar en algo como debidos á la pasión política, á la pasión política y hasta el aborrecimiento de las doctrinas que Castellar sostuvo también deben atribuirse las crueles censuras, el afectado desdén y el fingido menosprecio, con que no poca gente le ha perseguido durante su vida y con que, aun después de su muerte, pugna por obscurecer ó amenguar su fama.

No trataré yo ahora de justificarla, aplicando mi crítica á depurar los altos merecimientos en que dicha fama se funda. Bien ha cumplido ya el señor Picón esta tarea. Yo me limitaré sólo á hacer una reflexión tan sencilla, que no hay nadie de quien no esté al alcance, pero de la que se prescinde muy á menudo.

Pongámonos en lo peor. Seamos por un momento pesimistas y decidamos que hay en el público lamentable ignorancia y que el gusto está depravado. Y todavía será fuerza conceder que, entre los millares y millares de seres humanos que tienen mal gusto y poco saber, descuella y se levanta el que los entusiasma y hechiza y adquiere entre ellos nombradía, preponderancia, crédito, autoridad y gloria. Aun calificando la veneración de absurda idolatría, considero más absurdo y ridículamente presuntuoso el empeño de derribar un ido-

lo, cuando tuvo y tiene aún tantos adoradores y tantos creyentes en sus perfecciones, excelencias y hasta milagros.

No creo yo, ni pretendo hacer creer á nadie, que en todo caso y á cada instante es voz de Dios la voz del pueblo. Falible, caprichosa, apasionada será acaso esta voz en muchas ocasiones; pero, si prescindimos de lo sobrenatural y si nos atenemos sólo á los asuntos profanos y de este bajo mundo, ¿qué criterio hay más alto que el de la pública opinión, que el de las muchedumbres, que el de las grandes mayorías? De temeridad monstruosa, de soberbia desmedida ha de calificarse el empeño de los que, considerándose excepcionalmente iluminados, reprueban lo que el vulgo aplaude y quieren que el voto de ellos valga por más que miles y miles de votos vulgares. Esta pretendida superioridad del parecer ó del fallo de algunos sabios descontentadizos y difíciles sobre el fallo de la muchedumbre á quien se supone ignorante ó ilusa, destruye, á mi ver, el fundamento en que estriba el respeto que se debe á cuantas personas por algún motivo se elevan, ya que dando al traste con el criterio en que se fundó la elevación, único criterio posible en lo humano, lo nivela todo y lo iguala, cubriéndolo con idéntico menosprecio. Prueba la exactitud de mi afirmación, cierta manía que prevalece y cunde hoy por todas partes y que consiste

en, asegurar el escaso ó ningún valer de los hombres políticos y la conveniencia de que otros hombres de mayor valer, que hasta hoy no han sido políticos, vengan á serlo y nos salven y nos regeneren. Increíble parece que tal idea haya podido entrar en la mente de personas de juicio en un país que durante todo el siglo presente ha sido gobernado, sin distinción de clases ni de procedencias, ya por próceres y magnates de ilustre nacimiento, ya por varones criados en muy humilde cuna, ya por absolutistas, ya por conservadores, ya por progresistas, ya por republicanos; en un país donde no hay región ni provincia que no haya tenido la satisfacción de ver en el poder á muchos hijos suyos; y en un país, por último, donde, hace medio siglo por lo menos, jamás se ha atrevido el poder moderador á prestar su confianza á quien el pueblo no ha ensalzado y designado antes, para que dicha confianza se le otorgue, señalándole, al ocurrir cada inevitable mudanza, como el único hábil para dirigir y gobernar el Estado.

Si nadie, desde hace muchos años, ha sido muy dichoso en esta tarea ni se ha lucido desempeñándola, no lo atribuyamos á su ineptitud. Otras causas debe de haber más hondas. No hay que culpar á las doctrinas, porque se ha gobernado en nombre de todas. No hay que culpar á esta ó aquella provincia, porque de todas han venido los gover-

nantes, ni á las clases, porque ninguna tiene entre nosotros el privilegio de gobernar, ni á un poder superior, porque este poder se limitó siempre á elegir á quien designó el pueblo ó una gran parte del pueblo como cabeza ó principal adalid de parcialidad determinada.

Si fuese ciencia exacta la filosofía de la historia, los sujetos doctos y muy versados en dicha ciencia, explicarían las causas del encumbramiento, de la postración y de la caída de los imperios y hasta llegarían á pronosticar tales sucesos, como los astrónomos pronostican los eclipses, la aparición de los cometas y otros fenómenos y aspectos del cielo. Pero todavía, desde el saber teórico hasta el arte práctico va no poca distancia. Y bien pudiera acontecer que, así como el astrónomo predice el eclipse y no sabe ni puede evitarle, así el sabio filósofo político anunciando con exactitud la decadencia de una nación y hasta si se quiere las causas de la decadencia, ignore el remedio, si le hay, y no sepa ni pueda aplicarle por muy perito y diestro que sea.

De todos modos, siempre hay en todo mal algunas causas tan visibles y superficiales que el más indócto las adivina. Entre estas causas deben contarse, para explicar el malestar de una nación, la inestabilidad de sus gobiernos y la perpetua lucha en que están con impacientes y violentas oposiciones, que no dejan vagar ni reposo para madurar

proyectos y que hacen que toda la inteligencia y toda la energía se consuman y se pierdan en la defensa propia. Por esto si algún remedio se ve claro no es el de que acudan más hombres á la política, sino el de que muchos se separen de ella y despejen el campo. No acierto á ponderar cuánto ganaría con esto el país y los que de la política se apartasen.

Sin duda la carrera de Castelar fué brillantísima. Su admirable oratoria pasmó y cautivó á las muchedumbres, así en España como en toda América y en no pocos países de Europa. Su abnegación y el noble desinterés que le hizo sacrificar la popularidad en aras del patriotismo, abjurando de sus opiniones federales, restableciendo el orden y allanando el camino á la restauración, ponen sello indeleble á su mérito y deben hacerle simpático á cuantas personas no se dejen llevar por un mezquino espíritu de partido. Pero si Castelar, en vez de ser tribuno y de llegar á jefe del Estado, hubiera sido sólo profesor en la Universidad Central, sabio elocuente en su cátedra y en la del Ateneo y escritor reposado y reflexivo, tal vez su gloria, menos estruendosa y extensa durante su vida, crecería al presente, dilatándose sin contradicción en el porvenir y por todo el mundo. Para alcanzar la gloria política menester es que el pueblo ó el ejército nos aupe. Para alcanzar la gloria literaria ó

científica apenas es menester auxilio, á no estimarse por auxilio el asentimiento y la admiración de las sucesivas generaciones. Ellas dan á quien lo merece imperio más vasto y permanente que el que da el poder público. A pesar de sus prodigiosas conquistas, al morir Alejandro se desbarató su imperio, pero el imperio de su maestro el Estagirita prevaleció entero y pujante sobre las ruinas del imperio del macedón y del de Roma. A pesar de la caída de unas religiones y del nacimiento y propagación de otras, entró como elemento en la más alta sabiduría de cristianos y de musulimes y llegó triunfante de todas las oposiciones al principio de la Edad Moderna. Hasta para la plebe indocta suele ser más resonante y vividora la nombradía que se adquiere por las ciencias, letras y artes, que la que por las armas y la política se adquiere. ¿Quién gobernaba los diversos Estados de Grecia y de Italia cuando Píndaro compuso sus odas? ¿Qué reyes ó qué tiranos imperaban en Europa cuando Tomás de Aquino escribió la Suma? ¿Quién era el soberano de Polonia cuando construyó Copérnico su sistema? ¿Y quién recuerda los nombres de aquellos próceres y ministros que dirigían los asuntos públicos en la Gran Bretaña cuando descubrió Newton la gravitación universal?

Tales reflexiones y otras mil que omito, aunque